EN PUNTO

art buchwald

EL VICEPRESIDENTE JOHNSON

WASHINGTON, septiembre.—Una de las más importantes decisiones de Hubert Humphrey, después de ganar la candidatura presidencial demócrata, ha sido la de elegir su candidato a vicepresidente. Consultó a dirigentes de su partido, gobernadores de Estados, alcaldes de ciudades, senadores y hasta con el Presidente Johnson. Aunque sus conversaciones con todos ellos fueron privadas, yo he logrado obtener una transcripción de lo que se dice que fue la que tuvo con el Presidente Johnson, a saber:

—Hubert, oigo decir que usted tiene dificultad en hallar al hombre indicado para vicepresidente...

—Sí, señor Presidente. No es cosa fácil.

—Ya me imagino. He pensado mucho en esto y me parece que el hombre que usted busca debe tener experiencia en la rama ejecutiva del gobierno, estar al corriente de la guerra del Vietnam y tener su dedo puesto en los problemas del orden y la ley.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Presidente. Pero, ¿dónde hallar a ese hombre?

—También opino que debe haber sido ya vicepresidente durante algún tiempo para que sepa bien cuál es su trabajo.

—Pero no hay nadie vivo que haya sido vicepresidente, excepto Richard Nixon, Henry Wallace, Harry Truman y... y... y...

—Hubert, ¿por qué tartamudea?

—Señor Presidente, no estará usted pensando en... no puede ser... quiero decir...

—Seamos prácticos, Hubert. He dicho que no seré candidato a Presidente. Pero no he dicho nunca que no lo sería a vicepresidente.

—Pero, ¿por qué va usted a desear ser vicepresidente después de haber sido Presidente?

—Me gusta Washington, Hubert, y en realidad para mí no hay diferencia entre ser vicepresidente o Presidente. Siempre he considerado los dos cargos intercambiables.

—¿De veras?

—No se muestre sorprendido. No estoy tratando de imponerme, Hubert, pero yo podría servirle de mucho. Podría unir a todos los elementos del partido. Como candidato suyo a la vicepresidencia podría defender mi administración más fácilmente que usted. Y, además, al contrario que el candidato republicano, yo soy bien conocido.

—Eso es cierto. Pero me parece que sería embarazoso para usted, señor Presidente, estar en el segundo puesto...

—Hubert, usted me conoce lo suficiente para saber que los honores no me preocupan. Podríamos trabajar en equipo, como lo hemos venido haciendo. Yo podría quitarle un gran peso de encima.

—¿Como qué?

—Como la guerra y las negociaciones de paz. Yo podría ocuparme de la economía y de los derechos civiles. Podría reunirme con los rusos, hablar ante el Congreso. Todo esto le dejaría a usted en libertad para ser Presidente de todo el pueblo.

—No sé qué decir, señor Presidente. Le debo tanto que no quisiera pedirle que haga nada más por mí.

—Por Dios, Hubert, no me debe nada. Usted ganó el derecho a ser candidato por sí mismo. Si no me desea como vicepresidente, yo, desde luego, lo comprendería...

—Por supuesto que deseo que sea mi vicepresidente, señor Presidente. Nada podría honrarme más. Sólo que...

—Hable, Hubert.

—Con todos sus nietos y demás, ¿no estaría la "Mansión Blair" demasiado llena?

—Ya he pensado en eso, Hubert, y he ordenado que les arreglen esa casa para usted y Muriel.

(Copyright 1968, The Washington Post Co. - Distribuido por Editors Press Service, Inc.- Agencia Zardoya.)

De Praga a La Habana

LA CRISIS DEL ESTALINISMO

Los hechos de Praga han dado lugar a reacciones muy diversas en el seno de los distintos movimientos revolucionarios, tanto en Oriente como en Occidente, reacciones que, junto con las acusadas en otros medios, han sido registradas puntualmente en nuestras páginas. Una de las menos atendidas en Europa y más deformada, la del régimen cubano, apenas se ha comentado. Sin embargo, la intervención de Fidel Castro al respecto, ha representado seguramente la reflexión más prolija y matizada, la más elaborada y definitoria; también la más crítica.

En Occidente se ha entendido la actitud castrista —en los medios peor informados, por supuesto— como una muestra de sumisión total a la línea soviética, cuando significa, con rigurosa actitud, la postura contraria: hábilmente construido y documentado, explícito en todos sus aspectos, el discurso fidelista del 23 de agosto constituye una defensa de su política independiente, una apología de sus concepciones —las concepciones teóricamente expuestas por Ernesto Guevara— frente a las nociones cuya frustración ha aparecido en Praga en toda su crudeza. Y ha significado, en definitiva, una reafirmación de su crítica radical a determinadas interpretaciones de la «coexistencia pacífica». Preguntas como **«¿Serán enviadas también las divisiones del Pacto de Varsovia a Vietnam...?». «¿Se enviarán las divisiones del P. de V. a Cuba si los imperialistas yanquis atacan a nuestro país?»**, definen por sí mismas una impugnación a la razón de estado que se esconde tras la intervención armada en Checoslovaquia. Mucho más acerbo es el reproche dirigido a los países del bloque oriental cuando subraya su fracaso en la formación del hombre: **«... allí la juventud está influida por todas las ideas y por todos los gustos de los países occidentales de Europa, allí en muchos lugares no se habla más que de dinero..., más que de estímulos de tal tipo..., de estímulos materiales de toda índole, de ganancias, de sueldos. Y realmente no se desarrolla una conciencia internacionalista...»**. Más aún: **«Muchos de nuestros hombres (los becados en los países orientales) han sido más de una vez traumatizados por esa vulgarización de los estímulos materiales o esa materialización vulgar de la conciencia de los hombres»**. Castro denuncia sin reservas **«los métodos burocráticos en la dirección del país** (Checoslovaquia, antes de Dubcek), **la falta de contacto con las masas..., el olvido de las aspiraciones a una sociedad sin egoísmo..., en la que el hombre deja de ser un miserable esclavo de la miseria...»**. Y si analiza muy duramente la vía Dubcek, trasladando mecánicamente el esquema de la experiencia yugoslava al esquema checo, explicándolo como apertura aún más amplia a la sociedad de consumo y como enlace con el belicismo germano-occidental, y aprueba en consecuencia el freno que ha sufrido, es para abogar por la aplicación de la misma lógica a la realidad americana en el plano comercial. Porque el equipo de Novotny anterior, insistimos, no sale precisamente bien librado: **«No quiere decir** (la crítica a Dubcek) **que de ninguna forma nos solidaricemos nosotros con aquella dirección (...) saturada de muchos vicios, de dogmatismo, burocratismo, de muchas cosas que no se pueden poner como modelo (...). En muchas ocasiones nos vendieron industrias de tecnología atrasadísimas...»**.

Se ha esquematizado esta postura en los «mass media» occidentales. Hay en ella, a nuestro entender, una profunda crítica del estalinismo, al que debe recurrirse, por necesidad, para interpretar con corrección los dramáticos hechos recientes, que por su trascendencia y hondura son y serán, por supuesto, de mucho mayor alcance que los sucesos de 1956. De un alcance decisivo. Y cuando se habla de estalinismo hay que entender el concepto en su acepción fundamental: con su «economicismo», su estrategia, su estructura partidista, su burocratismo su conservadurismo, su desconfiado escepticismo, su dogmatismo y su estrechez teórica. Todo esto quedaba —o queda— vivo. Todo esto ha estallado o está a punto de estallar. De ahí la crisis radical, estratégica, táctica, estructural, no sólo a nivel de bloques sino de partidos; no sólo en la perspectiva histórica sino en las realizaciones concretas. La línea estalinista soviética se ha ahogado a sí misma, envuelta en sus esenciales contradicciones: en muchas zonas, sobre todo en el tercer mundo, se afianzará la línea china, radicalmente divergente; en otras —especialmente en Occidente— la socialdemocracia reforzará sus seducciones hacia un militantismo que ha visto liquidadas de golpe todas sus ilusiones. No se incurre en profetismo gratuito si se espera una desintegración del movimiento general de «contestación» a la sociedad de consumo en múltiples frentes. La «ofensiva» de La Habana mantendrá su independencia. Por encima, el «equilibrio del terror», la entente soviético-americana, tratará de consolidar —con o sin Johnson, con o sin Brejnef— su estabilidad. Pero en el interior de la contextura general de esta entente, en los niveles locales, quizá operen ahora con más virulencia los gérmenes transformadores. El fenómeno checo, en lugar de oscurecer el panorama mundial, lo ha clarificado. Ha iluminado la considerable complejidad de un momento de transición, ha roto los mitos, ha desnudado de engañadores corsés realidades vacías. El discurso del 23 de agosto que hoy comentamos aborda en amplio despliegue crítico la nueva situación, con una franqueza sin precedentes porque el intento lo asume un hombre en el poder. Su palabra será discutida. En Moscú no ha podido resultar grata precisamente una tal actitud. Pero, ¿y en Pekín? ¿Y en Hanoi? ¿Y en Pionyang? Las respuestas serán diferentes, pero cercanas entre sí y seguramente aprobatorias. ■ **EDUARDO G. RICO.**